

Locura-arte-surrealismo y Valerie Solanas

Madness-Art-Surrealism and Valerie Solanas

Karla Vargas Vargas

DOI 10.15517/es.v82i1.52000



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-No comercial-Sin Obra Derivada

Locura-arte-surrealismo y Valerie Solanas

Madness-Art-Surrealism and Valerie Solanas

Karla Vargas Vargas¹
Universidad de Costa Rica
San José, Costa Rica

Recibido: 15 de marzo de 2021

Aprobado: 28 de mayo de 2021

Resumen

A partir de algunas categorías antipsiquiátricas y surrealistas, se analiza la institución psiquiátrica como aparato coercitivo que posiciona, en algunas ocasiones, a la persona loca y a la persona artista en un espacio negativo, dificultándoles la posibilidad de ser, hacer y dejarse ser y de fluir en una suerte de escritura libre. La locura y el espacio vivencial del artista, sea surrealista o no, son aquí entendidos como alternativa, como respuesta válida (no patologizada ni patologizante) ante los mandatos y restricciones capitalistas y, en especial, ante el imperio del racionalismo dominante. Asimismo, como ejemplo y crítica de lo anteriormente señalado, se estudia de manera general la controversial historia de Valerie Solanas quien, como mujer, compacta en vida propia los efectos negativos del sistema sociopolítico, económico y cultural dominante, de base patriarcal, y vive a flor de piel el desprecio social hacia la locura y la vida de quienes se dedican al arte.

Palabras clave: arte de vanguardia; creación artística; psicosis; psicopatología; psiquiatría

¹ Docente de la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de Costa Rica, coordinadora de la Comisión de Género, Derechos Humanos e Interseccionalidad (COMGENDHI) de la Universidad de Costa Rica e investigadora del Centro de Investigación y Estudios Políticos (CIEP) de la Universidad de Costa Rica. Doctora en Filosofía por la Universidad de Costa Rica. ORCID: 000-0002-7872-045X. Correo electrónico: karla.vargas@ucr.ac.cr

Abstract

Based upon various anti-psychiatric and surrealist categories, an analysis has been made of the psychiatric institution as a coercive apparatus that positions, sometimes, people living with mental illnesses and artists in a negative space. This situation makes it more difficult for the artist to develop their existence and restricts their expression. Madness and the artist's existential space, whether surrealist or not, have been understood here as an alternative and legitimate response (not pathologized or pathologizing) to capitalist mandates and restrictions and, especially, to the dominant rationalism's empire. Likewise, as an example and criticism of the above, Valerie Solanas' controversial story has been studied broadly. As a woman, Valerie experienced the harmful effects of the dominant socio-political, economic, cultural, and patriarchal-based system. She lived vividly the social contempt towards madness and the lives of those who dedicate themselves to art.

Keywords: avant-garde art; artistic creation; psychosis; psychopathology; psychiatry

Psiquiatría y antipsiquiatría

Con el fin de comprender el mundo y lo que en él acontece, los seres humanos utilizan, entre varios recursos, la definición y la categorización. *Grosso modo*, definir es explicar lo más exacto posible, a partir de razonamientos correctos, lo que se entiende por algo (Copi, 2007). Esto es, según Camacho (2002), establecer el significado de las palabras, tarea que está mediada por el contexto y el uso de los términos de las sociedades, su ideología, sus intereses y sus necesidades. Por su parte, categorizar consiste en organizar lo que se está definiendo a partir de cualidades específicas, de forma tal que no sea confundido con alguna otra cosa. Así, para la determinación de una enfermedad física, mental o emocional, habrá que partir de la diferenciación entre enfermedad y salud; luego, estipular las características de orden físico, mental y emocional que se incluyen o excluyen con el fin de tener una visión comprensiva de cuando se hace referencia a salud, enfermedad y sus formas.

Definir y categorizar son comunes a todas las áreas del saber; permiten establecer los límites conceptuales y de acción de cada área del conocimiento. La psiquiatría y la antipsiquiatría los usan para determinar quiénes se ubican dentro de lo que se entienda por salud o por enfermedad mental o emocional. Sin embargo, aun con la objetividad de las definiciones y las categorizaciones, estas son relativas y comúnmente se utilizan para estigmatizar.

En lo señalado anteriormente subyace lo siguiente: primero, que todo lo que se define y se categoriza, aun siendo útil, debe cuestionarse para encontrar posibles sesgos; segundo, que todo uso del lenguaje es ideológico y ético, responde a ejercicios de poder desiguales e inequitativos que dan cuenta de juicios de valor emitidos por quienes lo adoptan, aceptan y utilizan. Los diferentes recursos que se usan para comprender el mundo no han sido, ni serán, neutros, sino que obedecen a mandatos de comunidades epistémicas cuya tarea principal es indicar qué permanece o no en cada campo del saber y del ser. Por ello, a continuación, se analiza lo que refiere a la antipsiquiatría y al arte como ejes medulares de lo que en este trabajo se plantea.

La antipsiquiatría

Existen múltiples formas por las que el *statu quo* reprime y distorsiona las conductas y relaciones humanas. Sin importar la intención, cualquier afán de dar coherencia y estabilidad al accionar individual o colectivo humano tiene como motivo, y antecedente, la disciplina y,

como consecuencia, el control, lo cual es aplicable al estado de locura² y al ser y hacer de las personas que se dedican a distintas formas de producción artística. Indudablemente la locura y el arte son regulados por la sociedad. Para la locura, como uno de los máximos controles de la conducta de diferenciación y exclusión de toda persona que no cumpla con lo que la sociedad espera, se establecieron los criterios de normalidad y anormalidad, al igual que la institución psiquiátrica. Pero, ¿qué denotan y connotan la normalidad y la anormalidad?

La definición, los alcances teórico-prácticos y las implicaciones de estos dos términos son complejas y controvertidas. Desde la teoría de las representaciones sociales, Flores y Díaz (2000) explican que los conceptos son producto del marco cultural en el que se producen y se vinculan a la manera en que son utilizados por grupos específicos, así: “La normalidad/anormalidad son materia de teorizaciones diversas, pero también fuentes inconscientes de un modelaje y definición intersubjetiva de la realidad social” (p. 250).

Para estos autores, las definiciones de normalidad y anormalidad pueden construirse desde los modelos legal, ideal, estadístico, clínico y médico (Flores & Díaz, 2000). Desde el modelo legal, la normalidad sería lo permitido y la anormalidad lo prohibido. Según el modelo ideal, normalidad hace referencia a un estado mental funcional, positivo y efectivo; por lo tanto, no se restringe a la ausencia de enfermedad mental, sino que se

² Si bien es cierto que la locura puede entenderse de múltiples maneras y que su conceptualización, además de compleja y difícil, es arriesgada, aquí se le entiende de diversas maneras, en las cuales, cabe enfatizar, no subyace ni se pretende exaltar una connotación negativa. Es así porque lo que se desea es cuestionar la prevaleciente mirada patologizante, cotidiana y desde marcos formales de la salud de esta condición humana, de este estado, de esta forma de ser y estar en el mundo. Por ello, no se está de acuerdo, por ejemplo, con la idea de locura planteada por Lucio Bellomo (2008), quien la caracteriza “como desgarrar vital insoportable para el sujeto que la padece, que lo vuelve ajeno a sí mismo” (p. 12), ya que este planteamiento, además de negarle la capacidad de agencia a la persona, al encerrarla en la idea de paciente, toma como base la alienación, de nuevo, en sentido negativo al asociarla “con desolación, pavor, y la vivencia de una desgarradura interior insoportable” (p. 13). Desde lo anterior, si se eliminan las connotaciones negativas de la locura, es posible entenderla como una habilidad, como un medio del cual se valen algunas personas para separarse de los mandatos del sistema dominante que sobrevalora la racionalidad, a la vez que se rige por criterios de supuesta normalidad conducentes a homogenizar el pensamiento, el sentimiento, el lenguaje y las acciones humanas con el objetivo, tácito o expreso, de negar la diversidad de las personas y sus relaciones consigo mismas, con los otros y con el entorno en el que se cohabita.

tiñe de utopía, de deber ser, de lo deseable, mientras que la anormalidad pasa a ser lo indeseable, lo imperfecto, lo peor. Bajo los criterios del modelo estadístico, normal o anormal se definen por puntajes, producto de pruebas psicológicas, que develan la cercanía o alejamiento a una conducta promedio. Además de lo anterior, el modelo clínico, como sumatoria del ideal y del estadístico, asocia la normalidad con adaptación, funcionalidad y equilibrio, mientras que la anormalidad con lo contrario, razón por la cual no cohabita con la normalidad. Finalmente, el modelo médico, con base en la biología e indicadores de orden fisiológico, equipara la normalidad con la salud y la anormalidad con la enfermedad (Flores & Díaz, 2000).

Desde lo anterior, ambas condiciones pueden ser vistas como elementos vinculantes de la psiquiatría, la institución psiquiátrica y la antipsiquiatría. Sin embargo, es imperante establecer que la institución psiquiátrica le evidencia a la sociedad su incapacidad para generar respuestas acertadas a los dilemas del diario vivir de la persona “loca”. Esta institución, cuyo fundamento es el ejercicio desigual de poder, mira a la sociedad de manera jerárquica y homogenizante. De ese modo, toda persona que no calce con la norma o que desequilibre lo establecido, será objeto de sospecha y examen. Por ello, la antipsiquiatría se convierte en réplica, como lo explica Ruiz (1972):

ataca la práctica psiquiátrica montada sobre el poder del médico, que ejerce una forma sutil de violencia sobre el «enfermo» (Cooper, Laing, Foucault, Basaglia, etc.). Protesta contra la medicalización de los no médicos (Szasz, Laing, etc.). Denuncia el error de utilizar en una ciencia de las personas una racionalidad analítica, en vez de una racionalidad dialéctica (Laing, Cooper, Sartre) ... Ya no podemos seguir ignorando que la «enfermedad» exige dos tipos de condiciones: las sociales e históricas, y las psicológicas, que transforman el contenido conflictivo en conducta anormal (pp. 179-180).

Desde la antipsiquiatría, si bien existen componentes psicológicos que aumentan la propensión a lo que la psiquiatría llama “conducta anormal” o “enfermedad mental”, se recalca que la persona loca es producto de las acciones, omisiones, malformaciones socio-históricas, congénitas o adquiridas de la sociedad y que los intentos de sanación son infructuosos por negarle al “enfermo mental” la posibilidad de ser sí mismo. La sociedad, según sea su aparato ideológico y sus filtros para determinar lo que es aceptable o no, crea mecanismos para mantener orden y vigilancia en sus dinámicas y acciones. Como consecuencia, niega, controla, invalida o anula las respuestas alternativas que la persona loca

está en capacidad de dar; restringe pensamientos, sentimientos y acciones posibles frente a los múltiples avatares de la existencia. Además, erra al valorar negativamente la locura, ya que ella es una desestructuración de estructuras alienadas de la existencia, implica la responsabilidad de responder con la propia voz y no desde lo infundido por la historia (Cooper, 1979). Como respuesta a la alienación, la locura requiere de la eliminación de toda huella de alteridad con el fin de dar cabida a lo nuevo: a la reestructuración.

Así, la persona “loca” pierde su propia voz, es acallada y sometida a formas y procesos de enajenación derivados de los límites y demandas impuestas por una sociedad que califica como perniciosos a quienes se desestructuran para luego reconstruirse, lo que logran por haber tenido la ventaja, el ingenio, de llegar a un punto de quiebre que les abrió el portillo para recomenzar. Esto subyace en la antipsiquiatría que, con miras al cambio, propone que lo clasificado y valorado como comportamiento “demente”, “perturbador” e “incomprensible” sea incorporado y difundido como germen subversivo de creatividad y espontaneidad, no como enfermedad. Si así se diera, se potenciaría la autonomía y la libertad de todos; caería en obsolescencia el mandato de definir o redefinir a los individuos desde un perfil ideal, uniforme, que concuerda con las disposiciones sociopolíticas dominantes.

Laing (1975) plantea una situación análoga a partir de la *metanoia*³ como recurso para comprender lo vivido. Valora positivamente las experiencias metanoideas, las entiende

³ El vocablo *metanoia* tiene su origen en el griego μετανοία. La palabra está compuesta por el prefijo *meta* (más allá), *nous* (mente) y el sufijo *-ia* (cualidad). Significa, *grosso modo*, *más allá de la mente* o, en términos más tradicionales y de base religiosa, transformación, conversión espiritual. El término “conversión” tiene su génesis en la palabra latina *conversio*, de los prefijos *con* (junto, completamente) y *versus* (girado o dado vuelta), más el sufijo *-sion* (acción y efecto), por lo que refiere a “la acción y efecto de hacer algo de manera diferente”. Sobre las experiencias metanoideas, Balbuena (2011) explica que, para R. D. Laing, son aquellas “poco habituales y/o extrañas en forma y contenido” (p. 689). En la Biblia (Reina Valera, 1960), se hacen aseveraciones al respecto. Por ejemplo, Romanos 12, 2 dice: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”; Salmos 51, 10-11 afirma: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”, Ezequiel 36, 25-26 menciona: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne”; 2 Corintios 5, 17: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

como una oportunidad de metamorfosis del sujeto sin que los cambios tengan, obligadamente, una connotación adversa, lo cual guarda fundamento y relación directa con la fuerte crítica que hace a la psicosis como base para la patologización de las personas. Él argumenta que el término psicosis se utiliza por el gremio de la psiquiatría

como un fallo social o biológico de ajuste, o como una mala-adaptación de un tipo especialmente radical, de pérdida de contacto con la realidad ... presupone una determinada manera arquetípica del ser humano a la altura de la cual no puede estar el psicótico (Laig, 1975, p. 23).

De esta manera, el movimiento antipsiquiátrico proporciona una visión más amplia, menos sesgada, de la “enfermedad mental”, pues parte de la necesidad de respetar la evolución de la supuesta “patología” y hace que el antipsiquiatra se convierta en acompañante del “enfermo”, no en su censor. Ahora bien, suponiendo como apropiado que la privación de contacto con la realidad sea un indicador de “enfermedad mental”, esta pérdida se asemeja a los “viajes” porque ellos implican el movimiento de un lugar a otro. Sin importar si el cambio de lugar es físico y materialmente comprobable, el traslado de un punto a otro no es nocivo *per se*, es un cambio que implica dinamismo. Es una forma de revolución que surge y se efectúa cuando la evolución, previa al viaje, se ha tornado disfuncional para el viajante. “Viajar” es embarcarse en un transcurrir, convulso o no, que permite el encuentro con lo irracional, en este caso, tanto desde la antipsiquiatría como desde el surrealismo. Es una respuesta contestaria, alternativa, no tradicional, a la sobrevaloración de lo racional en la vida humana.

Por otra parte, en líneas presentes se afirmó que tanto la locura como el arte están mediados y pueden llegar a estar determinados por el sistema dominante. Es la sociedad la que establece quién está apegado a lo racional y quién no e, igualmente, qué puede ser entendido como arte y qué no. La preponderancia de este fenómeno es atroz: mina la creatividad de todo ser humano y, por ello, sería absurdo negar la afectación a las personas, su individualidad, sus relaciones y sus haceres.

Si se trata del arte y de la persona artista, el sistema dominante aplasta, filtra, segrega y privilegia a algunas personas y expresiones artísticas sobre otras. Usa variados recursos, formales e informales, para dar valía y legitimar criterios normativos y estéticos que catalogan lo que es arte o no. También, puede que se vea en la persona artista y en su producción la personificación y materialización de la ruptura, una grieta, un desvío del

camino, un alejamiento de lo esperado, una respuesta revoltosa y, debido a ello, el sistema, temeroso de perder el equilibrio y el orden, pone en marcha su despótica maquinaria para que se retome la ruta oficial.

La clasificación, la selección y la segregación institucionalizada del arte, las personas artistas y sus producciones demuestra la poca y sesgada apertura social del *statu quo* a la creación artística libre, a una creación que no esté obligada a cargar sobre sus hombros los mandatos y controles de calidad predeterminados, estandarizados por la estética, la ética, la economía y la política globalizante dentro de un marco de acción humana capitalista, patriarcal, jerárquico, discriminatorio y deshumanizante. Sin embargo, no todo está perdido; pese a lo anterior, artista y loco sobreviven. Se expresan con y desde su propia voz, desde locaciones no tradicionales. Así, entre muchos ejemplos, se encuentra Salvador Dalí, quien logra viajar, ya que rompe con lo habitual y transita por el mundo de manera atípica a partir de su método paranoico-crítico, que consiste en:

una actividad espontánea de conocimiento irracional, basada en la asociación interpretativa-crítica de los fenómenos delirantes ... la actividad crítica interviene únicamente como líquido revelador de las imágenes, asociaciones, coherencias, ya existentes en el momento en que se produce la instantaneidad delirante, y que solo, de momento, en este grado de realidad tangible, la actividad paranoico-crítica permite sacar a la luz objetiva (Ibarz & Villegas, 2007, p. 109).

Dalí, como artista, fue considerado loco y, por loco, artista. Él se movió por el rechazo a lo racional: debido al interés que depositó en lo onírico y en lo fantasioso, exaltó lo irracional y le otorgó mayor valía. En Dalí, como en cualquier ser humano que sea considerado artista y loco, se cumple la finalidad del surrealismo que, según Puigbó (2004):

era liberar la mente del modo de lograr la resolución de esos dos estados el sueño y la realidad, en una especie de realidad absoluta, una suprarealidad ... De modo que el mundo de la imaginación y de la irracionalidad concreta pueda ser objetivamente evidente, de la misma consistencia, de la misma durabilidad, del mismo espesor persuasivo, cognoscitivo y comunicable como lo es el mundo exterior de la realidad fenomenológica (p. 64).

Además, en las personas locas y artistas, por no cumplir con lo convencional y por alejarse del “deber ser”, se consolida y robustece la negación de la llamada “moral convencional”, la cual tiene la tarea titánica de reprimir y negar la capacidad de agencia

insurrecta, personal, cotidiana, política, libre. Así, arte y locura, loco y artista, quebrantan la supremacía y omnipotencia del imperio racional capitalista patriarcal, que establece - por interés, conveniencia, utilidad y necesidad - los perfiles humanos que le dan permiso de permanecer y perpetuarse.

La moral convencional, al igual que las comunidades epistémicas dominantes, dentro de las cuales se encuentran el área de la salud y del arte, crean formas de retorno al equilibrio. Si se trata de la persona “loca”, bajo artificios de “buena voluntad”, la institución psiquiátrica induce mediante la idílica y cuestionable “curación” a la pérdida de la autonomía y la libertad. Si se trata de la persona artista, tanto su ser como sus producciones generalmente son objeto de minusvalía.

Desde la óptica surrealista, gracias a la separación sesgada de lo que sí es arte y lo que no, la persona artista, por verse obligada a “venderse al aparato dominante”, ve coartado su desarrollo a plenitud. Se le obliga a mantenerse en un estado de vigilia y cautela que le restringe su creación y la riqueza que permite el sueño antes de despertarse. El tránsito del estar despierto al estar dormido y luego volver a despertar evidencia la necesidad de ruptura con la realidad. Los que están dormidos son generalmente calificados como faltos de astucia, de conexión con la realidad inmediata consciente, que es la que obliga, según mandatos establecidos, a actuar de una manera determinada.

No obstante, cabe cuestionar quién está en ventaja o desventaja: ¿el dormido o el despierto? Las personas producen en sus trabajos formales o informales, en la cotidianidad o en sus periodos de ocio; eso no se cuestiona. Lo que se pone en entredicho es bajo qué parámetros a algo producido, sea creado por el artista o vivido de manera alternativa por el loco, se le asigna un valor positivo o no. Que el loco actúe de manera estorbosa para la sociedad o que el artista rompa con la estereotipia de lo tradicional en su cotidianidad o trabajo no significa que sus acciones sean erradas. Lo que sucede, más bien, es que lo realizado es sometido a escrutinio, es estimado como negativo por ser disruptivo. Aplicando esto a la creación y producción artística y también a la locura, Solas (2002) explica que:

El artista rompe con el orden establecido y nos da la oportunidad de recomponer la realidad con un orden diferente. Se requiere de una mirada despojada de las nociones que forja nuestra inteligencia habitual, para recomponer nuestra imagen sobre el mundo. Por lo mismo, la ciencia que define y explica a través de aquellas nociones, convierte en banales las originalidades del arte y uniforma nuestra

experiencia, con pretensión de verdad universal. Pero en cuanto nos desligamos de esa costumbre, se abre ante nosotros un mundo particular de cuya singularidad dan muestra esas apariciones entrecortadas (p. 5).

Locura y arte tienen algo en común: la acción de crear. Es por la simiente de la creación que trascienden lo esperado, pero también, lamentablemente, es por el supuesto de patologización y por estar bajo el escrutinio inquisidor de la “normalidad” que a los locos y artistas se les impide, de diversa forma y grado, ser lo que son y posicionarse en el mundo según sus propios recursos. El impedimento aquí señalado se nutre de la idea homogenizante y falsa de la existencia de un límite real y claro entre la “normalidad” y la “anormalidad”, que, como explican Martí-Tusquets y Murcia (1988), haría que quienes padecen una “enfermedad mental” utilicen patrones de conducta específicos y una forma particular de relacionarse e incluso de situarse en la sociedad.

Sin embargo, pese a la obviedad, lo anterior no es así: tanto las personas aparentemente “normales” como las supuestamente “anormales” siempre utilizan pautas de acción, de comportamiento, de vínculo consigo mismas, con los demás y con el mundo, que son específicas, propias, únicas, básicamente irrepetibles. De esta forma, el argumento excluyente y patologizante que sostiene que la persona “loca” o “artista” es “diferente”, “anómala”, no solo es inválido, sino que es prejuicioso en dos sentidos: primero, por entender la diferencia como excepcional, negativa, peligrosa, objeto de modificación, cuando en realidad es común; segundo, por no dejar claro con qué criterio se determina qué es lo diferente y con respecto a qué. Establecido lo anterior, lo que se requiere es aceptar que todos los seres humanos transitan por los recovecos de la vida de manera particular, “a su manera”, por lo cual urge valorar a cada uno tal cual es: persona.

Sobre el surrealismo y la locura: la analogía con el sueño y la vigilia

El surrealismo y la locura se analogan al sueño y la vigilia porque implican una ruptura con la realidad material cotidiana a la que, por costumbre, conveniencia o mandato social, los seres humanos se apegan con el fin de hacer llevadero el “trajín” de la vida, la cual está marcada por la socialización y la racionalidad como gestoras y directrices de conducta. Ser surrealista, en su acepción más general, según la Real Academia Española (1992), “es intentar sobrepasar lo real impulsando con automatismo psíquico lo imaginario y lo irracional” (p. 1921). Para Breton (2001), el surrealismo es un

automatismo psíquico puro por cuyo medio se intenta expresar tanto verbalmente como por escrito o de cualquier otro modo el funcionamiento real del pensamiento. Dictado del pensamiento, con exclusión de todo control ejercido por la razón y al margen de cualquier preocupación estética o moral ... se basa en la creencia en la realidad superior de ciertas formas de asociación que habían sido desestimadas, en la omnipotencia del sueño, en la actividad desinteresada del pensamiento (p. 44).

¿No sucedería igual con la locura? ¿Se podría leer esta como un estado al que no tienen acceso “los dormidos de la realidad cuerda”? ¿Podría considerarse como una forma de sobreponer el principio onírico y, por qué no, del placer ante las condiciones adversas presentes en la realidad? ¿Sería posible entender la locura como un estado que contiene la intención surrealista de interrogar apasionadamente determinadas situaciones de la vida que pertenecen tanto a lo real como a lo imaginario, lo ideal?

Lavar a manguerazos un cuerpo desnudo, sacar la lengua para hacer creer que el “enfermo” se ha tragado una pastilla, hacer una fila interminable para recibir un bollo de pan y un poco de café en un jarro plástico que fue en algún momento de lata⁴, escuchar a una mujer cantando de manera afinada y tranquila, mientras los cuerpos de enfermería y medicina sospechan tanto de su locura como de su inesperada conexión con “la realidad que sí es real”, son imágenes que evidencian el límite difuso entre lo “normal” y lo “anormal”, entre “el ser, el querer y el deber ser”. De manera particular, estas situaciones demuestran la dinámica de poder que subyace en el dominio de lo racional, sobre todo aquello que se presume no lo es.

Suponiendo que los despiertos son los cuerdos y que los dormidos son los locos, para los despiertos, el mundo vestido de celeste, es decir, el de quienes transitan por una institución psiquiátrica, es un universo aparte, un cosmos que se debe observar con ojo crítico y precaución, un mundo divergente, incompatible con el orden, que es necesario

⁴ Se hace referencia aquí a situaciones hipotéticas que podrían vivirse en una institución psiquiátrica. En Costa Rica, la institución principal de salud de esta índole es el Hospital Nacional Psiquiátrico Antonio Chapuí y Torres, ubicado en Pavas, distrito número 9, del cantón de San José. Respecto al jarro de lata, este era la taza que se daba a las personas internas de este centro hospitalario, el cual se prefería por su durabilidad y resistencia a los golpes. Luego, debido a que el jarro podía ser utilizado como instrumento de agresión, fue sustituido por vasos plásticos con el fin de amortiguar el impacto de un posible golpe. En Costa Rica, sobre estos temas, son relatos emblemáticos los textos *Cachaza* (1977) y *La loca Prado* (1998) de Virgilio Mora Rodríguez.

realignar, reubicar en los campos de la normalidad, bajo sus reglas. En especial, es un mundo al cual hay que imponer - por vía del discurso, los medicamentos, la terapia o la inyección - la mano pesada y dura de la racionalidad y su imperio; un espacio en el que no debe darse la escritura libre, el susurro o el grito de la propia voz. Un mundo en el que la locura no puede ni debería de existir porque el despotismo de la cordura está incapacitado para comprenderla y validarla.

Aun con lo anterior, es viable que la relación locura-sueño-cordura-vigilia sea inversa. Tal vez, quienes duermen son los cuerdos y los despiertos son los locos. La locura, tal como las manifestaciones artísticas surrealistas, es viva manifestación de la necesidad. El loco deja salir con discursos y acciones disruptivas lo que es necesario, lo que no puede ser de otra manera. Por su forma de estar en el mundo, da a conocer la lucha continua del aparato represor institucionalizado de la “salud mental” por reacomodar “lo ideal” en el universo de “lo real”. El artista surrealista, por su parte, desafía la realidad y abre espacios insospechados al tener la llave de la imaginación.

De este modo, el surrealismo se mueve entre antinomias, es decir, entre contrastes, que se tensan e incluso pueden reventarse para dar cabida a lo inesperado, a lo libre. El artista y el loco, como cualquier otra persona, batallan diariamente al enfrentar el pasado, el presente y el futuro. Lo hacen en las trincheras de lo subjetivo, lo objetivo, lo colectivo y lo individual, mediados, por ejemplo, por riqueza, pobreza, felicidad o desdicha. Lidian con todo esto inmersos en un sistema que les acorrala y les dicta el ser, el deber ser, al igual que el hacer.

Por ello, el surrealismo, la antinomia, como discordancia que es, vale como forma de repeler lo dominante, permite el brote de lo latente. La locura, la expresión artística, lo disidente, todo lo que se exprese en contra de la norma, hace que la realidad no sea exclusiva y únicamente lo manifiesto, sino también lo posible. Abre el espacio a lo insoponible, a lo caótico, a lo grotesco, a lo contradictorio del filme bien montado en la máquina que proyecta el deber ser social.

Empero, aun cuando lo atípico puede ganar terreno al desestabilizar lo aceptado y homogenizante, el sistema capitalista patriarcal tradicional se mantiene, se fortalece, se levanta y resurge con sus tentáculos tomando como escudo y lanza la normalización de las conductas. Desde sus escombros, lastimado, pero no acabado, como medio represivo por excelencia que es, expresa su dominio, su saciedad y su rechazo a lo diferente.

Pese a lo anterior, en esta sociedad atrapada por la norma, los mandatos, la prohibición, los maltratos y el dolor, existen “seres tentación” que surgen como retoños de vida dirigidos a la conservación de lo nudamente humano, dentro de lo cual está lo insurgente. Son personas que, probablemente sabiendo de su inadecuación al mundo, rescatan su subjetividad distinta de frente al rechazo externo al que se expondrán. El artista surrealista, el surrealismo como vanguardia y la locura como estado humano son respuestas alternativas a las huellas de la represión y tienen más puntos de enlace que de desencuentro. Valiéndose del arte, la persona artista goza de una autodeterminación tal que le permite actuar desde otros espacios, voces y sentidos. Hace del arte un medio y un fin de autorrealización y, por qué no, de revolución, de desencuentro con el sistema opresivo en el cual vive. Se abraza con el azar para dar cabida libre a la satisfacción de la necesidad.

La locura, por su parte, más que una sospechada patología, es una impugnación, un cuestionamiento al sistema. Si a la locura y a la persona loca se les distancia de lo patológico, se transforman en medio para refutar el sistema de salud mental que los ha construido, que les reprime. De hecho, la locura solo será vista como negativa por aquellas personas, ideologías, sistemas e instituciones sociales que señalan lo diferente en lugar de lo semejante, que desprecian lo común entre todos los seres humanos.

La persona loca o artista dispone de sí misma, no actúa conforme a lo esperado: incumple la norma y por ello es “signo de su tiempo”, es producto de una sociedad que le permitió engendrarse, crecer y mantenerse erguido ante la barbarie de las lesiones del capitalismo salvaje y sus ramificaciones. Las razones de su locura y de su creación artística, que a todas luces no son razonables para el sistema imperante, le pertenecen, le dan validez a su estado, a su forma de ser, estar y hacer en el mundo. La locura, al convertirse en una forma, meta y fin de liberación de la persona, le redime, le devuelve su capacidad de agencia. Le demuestra a los cuerdos, a los que desde el surrealismo estarían dormidos, su incapacidad de responder a las represiones sociales, su inhabilidad de dejarse fluir, de ser y hacer desde su propio espacio, condiciones y códigos.

Por consiguiente, según lo establecido por el aparato dominante, habría que preguntarse si la persona loca se aleja de la realidad y de cuál, o si crea, más bien, un nuevo vínculo y código comunicativo con su entorno, al que no tienen acceso los aparentemente cuerdos que se asumen despiertos estando, en realidad, dormidos. Habría que dudar, si el loco, el enfermo, toda persona entendida como “anormal”, es tal. Este cuestionamiento es impostergable porque la razón de la existencia de quienes no

calzan yace en su contraparte: el sano, normal, típico y encajado. Es decir, es a partir de los criterios de sanidad, normalidad, tipicidad y ajuste que se crean sus contrarios. Los cuerdos, quienes son los dormidos se asumen como despiertos, se ven amenazados por lo desconocido y, por esto, recurren al refugio del estigma. Pero, ¿quién tiene la potestad para determinar qué debe encajar en la sociedad? ¿Cuáles criterios hacen que se valore o sobrevalore la institucionalización psiquiátrica como medio y fin para normalizar? ¿Qué se entendería por normalización?

La locura, desde la antipsiquiatría, es resultado de la descomposición social, pero también es una revelación porque evidencia algo maravilloso: la posibilidad y capacidad de algunos individuos de mantenerse en pie frente al desencanto de las estrategias de dominación. Demuestra la facultad de comprender y respetar estados alternativos que se transforman en instrumentos de revolución. Valida voces, necesidades e intereses particulares, fuera de lo común, en lugar de obligar a plegarse, a someterse a lo impuesto por las artimañas propias del capitalismo y la globalización.

Como estado humano, en ella se conjugan la exclusividad y la autodeterminación de un sujeto que se entiende como agente de cambio, en lugar de individuo manipulado y obediente a un sistema inoperante que busca desecharle o que, de hecho, le desechó. Permite un espacio propio de vinculación con la cotidianidad, a la vez que cuestiona los criterios patologizantes y políticamente respaldados de su encasillamiento. Al ser una alternativa, cuestiona a la institución psiquiátrica por materializar, validar y perpetuar formas de orden, disciplina y control. Enuncia la urgencia del derrocamiento de esta institución, las patologías y la “curación” como supuesta “necesidad”, una que es creada. Los mismos iniciadores de la psiquiatría lo sabían, como lo afirmó Reil (2015) en *Rapsodia 18*:

Es imprescindible obtener, dice Reil, la convicción de que «La voluntad de sus superiores debe ser para él una ley tan fija e inmutable que no se le ocurrirá luchar contra ella como no se le ocurre luchar contra los elementos de la naturaleza» [ya que] «Al comienzo, los medios que suscitan el miedo son los que conducen más rápidamente al objetivo» (Reil citado en Stagnaro, 2015, p.10).

La locura no es solo conceptual, es vívida, toca la piel, es delimitada, definida, medida y mantenida como marginal por el imperio de la cordura. Sus conceptualizaciones son múltiples y diversas, pero en ellas yace un elemento que le permite no desaparecer: la observación y valoración patologizante de la otredad, que tiene como base una idea turbia

de normalidad, de lo aceptable, contrapuesta a las conductas extraviadas que ubican a la persona “loca” como intrusa dentro de la comunidad humana normalizada. De igual manera, la locura no es gratuita, ni en su conceptualización ni en su endoso a las personas; es, como se ha señalado, una necesidad creada del imperialismo de la racionalidad hipervalorada, que cumple la función de reprimir la germinación libre de cualquier semilla creativa, ya sea artística o no.

Función sociopolítica de la locura y la revalidación surrealista

La creación de la psiquiatría respondió, en términos coloquiales, pero de peso, a una estrategia sociopolítica de limpieza social. Aquel que hablara diferente, aquel que tuviera una fisonomía extraña a la época, el muy inteligente o el que no lo era, fue enlistado para etiquetarlo según diversos criterios de normalización preestablecidos que marcaron el terreno de las relaciones humanas cotidianas y el terreno sociopolítico, por vía del aparato educativo. Sobre esto, Basaglia, Carrino, Castel, Espinosa, Pirella y Casagrande (1975) expresan que la educación está dirigida a conseguir que se interioricen los valores que son funcionales al sistema, a la vez que se excluyan y nieguen los valores de todo aquello que se mira como improductivo, lo ineficaz, desordenado, desobediente, irresponsable e irracional.

Todo lo que no calce en el engranaje de la normalidad y el equilibrio es objeto de sospecha y de recomposición. La sociedad encuentra en la institución psiquiátrica el espacio propicio para realizar esta tarea. El loco es visto como “peligroso”, “desordenado”, “desviado”. Por peligroso, se le alberga en un espacio físico que le limita su libre tránsito; por desordenado e incapaz de basar sus actos en la normativa social aprobada, es aislado y sometido a una rígida planificación diaria que mina toda iniciativa y espontaneidad, las cuales, por creerse que van de la mano con el desorden, se asumen como perjudiciales. Finalmente, la persona “loca” es catalogada como desviada, infractora de principios y reglas de orden moral y se le relaciona con abusos y perversiones; como cura, se le separa por sexos para privarle de afectividad y libertad sexual.

La institución psiquiátrica cumple una doble función: excluir y reeducar. La reeducación es la base ideológica para justificar la exclusión. Esta dinámica busca mantener la supremacía represora del sistema imperante y, como consecuencia, lo que podrían haber sido formas de ser y de interacción libres y alternativas, se condicionan a las demandas sociales. Al respecto, Gramajo (1998) cita a Cooper, quien expresa que

La locura no está en la persona, sino en un sistema de relaciones del cual forma parte esto que llamamos paciente ... La única manera de sentirse alguien es ser definido por lo menos como loco, hay que elegir entre ser alguien loco o no ser nadie. Pasar por la vida sin siquiera morir y sentir la muerte como propia (p. 21).

La locura logra, entonces, legitimar y perpetuar la normalidad de la sociedad, pues es a partir de la persona loca, demente, enferma mental que se justifica la cordura, la racionalidad, el equilibrio y, con ello, lamentablemente, la locura se pierde en los recovecos de una sociedad catalogada como normal sin necesariamente serlo. Se está frente a una codependencia conceptual y práctica en la que, tanto las personas locas como las cuerdas, son atrapadas y ahogadas por las definiciones y categorizaciones que les delimitan; sin embargo, el cuadrante de la cordura cobra ventaja porque en la mayoría de los casos no será objeto de escrutinio y de rechazo.

Empero, para los locos, la situación es distinta, ya que recae sobre ellos una doble definición - loco y excluido - y es en el uso de la categoría patologizante de loco donde entra en juego la institución psiquiátrica como artificio de realineación de los descarriados. Las consecuencias de esto son funestas, debido a que se asume que los locos están privados del uso del juicio o la razón, que sus acciones son desconsideradas y que sus reacciones son exageradas. Básicamente, se les impide responder desde sí, a su manera, y en este impedimento se fundamenta la necesidad de curar.

Lo que se hace en la institución psiquiátrica lo vive la persona que se dedica al arte, como denuncian Breton, Trotsky y Rivera (1938) al afirmar que: "Miles y miles de artistas y pensadores aislados, cuyas voces son ahogadas por el odioso tumulto de los falsificadores regimentados, están actualmente dispersos por el mundo" (párr. 14). A ambos, locos y artistas, se les persigue, se les obstaculiza la gestación, construcción y mantenimiento de una nueva cultura, quedando a merced y servilismo de las políticas y acciones aplastantes del capitalismo. Al hacer esto, el sistema opresivo patriarcal capitalista se niega a sí mismo la aspiración y materialización de un mundo mejor donde se erija la dignidad humana y se ensalce la imaginación. ¿Qué mayor violación y negación a la imaginación que el coto intencionado de la locura y del arte?

Lo anterior no es casual, sino una forma de agresividad institucionalizada propia de la dictadura social que responde

al peligro que el sufrimiento y la marginación suponen respecto a los valores dominantes. Estos están jerarquizados, variando según el tipo de organización social y de cultura, al tiempo que los valores supremos reestructuran a los otros e imponen su signo (Basaglia et al., 1975, p. 207).

En el campo artístico el panorama no es diferente, pues al establecer qué es arte y qué no, o al patologizar las obras artísticas y sus creadores, se minimiza y se coarta uno de los objetivos más sublimes de la creación artística: la acción revolucionaria, dirigida a la promoción de cambios de actitud y epistémicos. En relación con ello, Lozano (2007) sostiene que “no se trata de crear conocimiento desde los discursos pasados ... de seguir utilizando, una y otra vez, las estructuras de las disciplinas académicas tradicionales, sino de crear un nuevo vocabulario, un nuevo sentido comprometido con el momento actual” (p. 132).

El arte es, por sí mismo, insurrecto: debería de serlo, debería de cobijar la incomodidad, modificar y modificarse continuamente. No se olvide que cuando el loco y el artista se manifiestan, no solo revelan parte de su mundo interno, sino que dan cuenta de su interés y necesidad de expresarse de otra manera; revelan y se rebelan, dan cuenta de ser seres tentación.

Valerie Solanas: un ser tentación patologizado

Previo al desarrollo de este apartado, conviene dar a conocer algunos datos generales sobre Valerie Solanas, a quien se le posiciona aquí como un ejemplo de la vivencia negativa que pueden tener las personas que son clasificadas por el sistema social dominante como revoltosas, atípicas, insurrectas y, por el sistema de salud tradicional, en este caso por la psiquiatría, como enfermas. De igual manera, en ella, por el hecho de haber dedicado parte de su vida al quehacer artístico, se materializa la ruptura con los mecanismos sociales, políticos, culturales y artísticos que buscan comprender a las personas desde ópticas estandarizadas. No se está frente a una figura usual por dos razones básicas: primero, por el hecho de haber sido patologizada y, segundo, por ser mujer artista.

Valerie Solanas nace en Ventor, New Jersey, el 9 de abril de 1939 y muere el 25 de abril de 1998. Durante su infancia, fue objeto de agresión física y sexual. Se independizó siendo adolescente, mendigó y ejerció la prostitución. Finalizó sus estudios universitarios en Psicología, los cuales pagó trabajando como asistente de laboratorio de psicología animal

y de la conducta. Llegó a ser famosa por haberle disparado a Andy Warhol (1928-1987)⁵ y a otros personajes cercanos a él, pertenecientes a *The Factory* (La Fábrica), como respuesta a la negativa de apoyarle en la producción *Up Your Ass* (Por el trasero).

A Solanas se le conoce por su controversial *Manifiesto S.C.U.M.* (*Society for Cutting Up Men*) [Sociedad para cortar, castrar a los hombres]. Fue catalogada como esquizofrénica y, de igual manera, fue objeto de controversia por gustar de las mujeres y por no haber claridad respecto si era feminista o no. Sumado a lo anterior, ella rompe con el sistema dominante porque, además de ser mujer artista patologizada por el sistema de salud, quebranta la ley por intentar asesinar a su mentor, Andy Warhol.

¿Cómo respondería el surrealismo a estas situaciones, a ella como persona, a su forma de ser y estar en el mundo? El surrealismo valora positivamente la locura y el sueño como estados mentales propicios para la manifestación de aptitudes humanas que son generalmente reprimidas por el sistema social dominante. Cagigas (2007) explica que la estancia del loco en el mundo le otorga “un estado privilegiado cuyo delirio es fuente de placer a la vez que materia prima para la creación artística y defiende su valor lamentando que sea objeto de persecución por los órganos represores de la sociedad” (p. 93).

Los órganos represores son creados por la sociedad cuando se intimida por pensamientos, acciones y formas de comprensión del mundo que se alejan de lo habitual y que no potencian el desenvolvimiento homogéneo y fluido que se requiere. Estas instituciones, para

⁵ Andy Warhol (1928-1987), hijo de migrantes checos, nació en Pittsburgh, Pennsylvania, Estados Unidos, el 6 de agosto de 1928. Fue un pintor y cineasta del Arte Pop. Asistió a clases de arte en la Carnegie School and Museum y estudió arte en el Carnegie Institute of Technology, donde se graduó en 1949. Fue ilustrador comercial y, a partir de 1961, realizó sus primeras pinturas pop, basadas en *comics* y botellas de Coca Cola. En 1962, estrenó la famosa serie *Soup Can Campbell*. Ya en 1963, creó varias películas *underground* que se convirtieron en clásicos de este género,. Entre ellas se encuentran *Empire* (1964), *Blow Job* (1964) y *The Chelsea Girls* (1966). En 1964, abrió *La Fábrica*, el estudio en el que realizó su primera exposición de esculturas entre las que se incluyeron un sinnúmero de réplicas de cajas de productos de supermercado. En esta misma época, produjo la banda *The Velvet Underground*. *La Fábrica* se convirtió en un lugar de encuentro de varias personas artistas, dentro de las cuales se encontraba, precisamente, Valerie Solanas, quien le pidió apoyo al artista para la producción de la obra *Up Your Ass*. Al negársele, le disparó. Andy Warhol murió el 22 de febrero de 1987 en Nueva York, Estados Unidos.

librarse de la amenaza, activan mecanismos de invisibilización y exclusión como formas rápidas y eficaces de evadir su compromiso y justificar su desinterés por integrar lo diverso, lo diferente. Valerie Solanas fue un blanco directo de los dardos de la exclusión y la opresión.

Según San Román (2003), ella llega a ocupar un lugar entre los criminales más famosos en los Estados Unidos, no por los disparos percutidos, sino porque: primero, su objetivo fue Andy Warhol; segundo, dos días después del hecho, matan a Robert Kennedy, candidato demócrata a la Presidencia de Estados Unidos; tercero, dos meses antes, Martin Luther King había sido asesinado a balazos. Además, para este autor, la fama de los criminales de ese momento tiene una de sus raíces en la práctica libre de tiro al blanco como afición social. Enredada en este contexto, entonces, ella entra en los medios y es definida como asesina peligrosa.

Si bien Valerie Solanas tuvo como blanco de sus acciones a su mentor, debe recordarse que la diana tiene círculos concéntricos que delimitan el núcleo al cual se dirige el dardo: el disparo. Cada círculo puede albergar factores agravantes o atenuantes para ella como persona o para su historia, lo cual permite discutir aquí el problema sempiterno del sexismo, la opresión y la discriminación que las mujeres viven por el hecho de ser tales y, en este caso, por ser artistas. Asimismo, debe recordarse que la psiquiatrización, el encarcelamiento, la invisibilización y la minimización de su trabajo no son azarosas, parecen ser insumos para una profecía autocumplidora. Ella es ubicada en un segundo plano, tras telones de Andy Warhol. Según San Román (2003), la artista vive una “reducción psicologista ... a cuya sombra prosperan la industria de la farmacopea, el encierro terapéutico y la literatura de autoayuda” (p. 6).

Para Solanas, la vida es un completo aburrimiento, por lo que es un deber cívico, responsable e, incluso de validación emocional, hacer caer al gobierno junto con el sistema monetario y destruir al sexo masculino (San Román, 2003). Asimismo, dado que el amor no puede florecer en una sociedad fundada en el dinero, considera necesaria la libertad económica y personal completa, impregnada de ocio y actividades satisfactorias que, al compartirse con quienes se respeta (las mujeres), devienen en amistad profunda.

¿Sumida en desamor, opacada por el tedio y haciéndose responsable de sus emociones, en miras al civismo, deseaba acabar con Andy Warhol? Es aventurado responder. Pese a la obvedad, ella ya tenía gran parte del sistema en su contra. Realizarse como persona en el campo minado de las artes probablemente le implicó una doble sumisión, hacia su preceptor

y hacia la industria del arte, la cual se yergue sobre la base del sistema patriarcal, capitalista y explotador. Bastantes son las mujeres que viven su existencia a partir de heterodesignaciones y autodesignaciones impuestas, generalmente incuestionadas. La persona loca o artista deja de ser para sí y tiene que ser para otros. No obstante, ¿qué sucede puntualmente con el ser y quehacer artista? ¿Le es obligado superar los condicionamientos personales, sociopolíticos y económicos, de orden patriarcal capitalista? Al parecer, esta superación es necesaria, como lo explica Cora (2019), para que el arte y quienes se dediquen a él pierdan la huella patriarcal. Es importante recuperar en el espacio de una mujer algo que vaya más allá de lo femenino, lo genérico y de la sexualidad, al igual que validar la difusión, divulgación, crítica, teoría, consumo o toda reflexión del arte.

En otras palabras, sería pertinente que, quien hace arte y quien rompe con la realidad a partir de la locura, sea valorado tal cual: como persona. Asimismo, en el caso de las mujeres, es relevante que el criterio para asignarles un espacio en el mundo no sea su sexualidad o genitalidad y que, para quienes son catalogados como locos, no sea por el grado de vínculo y uso adecuado de sus capacidades racionales.

Parece acertado aseverar que, actualmente, las relaciones humanas están marcadas por lo que aquí se llamaría “el camino cerrado del yo pecador”, que dicta que cualquiera que no se apegue al sistema opresivo dominante será juzgado por sus pensamientos, sus palabras, sus hechos y sus omisiones. No hay puerta de salida y, si la hubiese, se ha perdido la llave. Las mujeres artistas, las personas locas, aquí representadas por Valerie Solanas, al querer y lograr posicionarse desde sí y para sí, se enfrentan al estigma, por lo que Cora (2019) indica que es urgente resistirse a la no existencia, resistirse a vagar, a no ser visto. Urge salir del anonimato para hacerse mirar, lo cual es una pretensión de poder y llevará a su recuperación.

Todo parece estar comprometido por las jerarquías y las valoraciones sociales, entonces hay que preguntarse: ¿cómo se determinó la integridad de las personas, de su valor, de su ordenamiento y de lo que hacen o no? En el momento en que se instauró la supremacía de la razón sobre la emoción, de la ciencia sobre lo creativo, de lo formal sobre lo informal, de cualquier categoría dicotómica, se instauró la relación excluyente del pensamiento, el lenguaje, las emociones y las acciones. ¿Quién se sintió y sentirá amenazado? Todo aquel que se identifique como producto impecable de un sistema que exige la anteposición del tener al ser y que, al patologizar lo diferente, lo desecha ya sea mediante la institución psiquiátrica o por la subvaloración de todo hábito de arte, de ser, de escritura libre.

Si la institución psiquiátrica recoge a las víctimas de la dictadura social, en la industrialización del arte, la sobrevaloración de determinadas obras, estilos y personas, la venta de talentos y los museos, entre otros, se construye y mantiene la idea de lo artístico como mercancía, como guillotina a la imaginación. Por lo anterior, hay que demandar cambios que, seguidos de rupturas epistemológicas, desemboquen en reformas de orden político, social, cultural y económico en la sociedad actual.

Urge una lectura cuestionadora de los límites del deber y el querer. Apremia activar las antinomias surrealistas: el estado de vela y el sueño, la razón y la locura, lo objetivo y lo subjetivo, la percepción y la representación, lo imaginario y lo real, el pasado, el presente y el futuro, el sentido colectivo e individual, el amor, la vida y la muerte mismas. Solo así se abriría un nuevo horizonte de significación que abrace la irracionalidad y la imaginación, en el que se materialicen en una columna el lienzo, el cincel, la arcilla, la nota musical, la palabra, el lápiz, el papel y la pantalla. Solo así será posible comprender sin juzgar, hacer lo que seguramente Valerie Solanas deseaba: empaparse de pasión y apearse a la posibilidad infinita de comprometerse en actividades intensamente absorbentes y emocionalmente satisfactorias.

Se requieren espacios que encuentren en la locura, en lo irracional y en la creatividad, no un error de juicio, sino una rica y abierta interpretación de la realidad, una producción creadora y creativa cuyos límites lógicos tal vez sean ilógicos, pero no por ello desdeñables. ¿Cuántas Valerie Solanas se requieren para que el sistema dominante se dé cuenta de sus atropellos? ¿Cuántos patrones de conducta necesitarán ser modificados o eliminados para realizarse personalmente? ¿Cuántos seguirán siendo presa de las nomenclaturas patologizantes porque se alejan de lo esperado? ¿Cuántos seguirán apegados a la idea de supremacía de la ciencia sobre el arte, de la razón sobre el sentimiento y la emoción? Probablemente muchos, por lo que se invita a ser “un ser tentación”.

Conclusiones

El interés por trabajar los vínculos y desencuentros entre la locura, el arte, el surrealismo, la psiquiatría y la antipsiquiatría, compactados en el personaje de Valerie Solanas, es una respuesta disidente a las múltiples formas en que el sistema social, político, económico, cultural, moral, artístico, hegemónico, capitalista, patriarcal, desplaza, discrimina, relega, invisibiliza y minusvalora a quienes no cumplen lo aceptado. Los humanos buscan entender el mundo a partir de sus capacidades sensoriales, racionales, lingüísticas y emocionales.

También lo hacen al usar definiciones y categorías que no son neutras ni objetivas, más bien responden a criterios de homogenización de personas, conocimientos y de lo que cada uno produce en su cotidiano vivir. Una de estas producciones es el saber que, según su objeto y método, permite la comprensión variada del mundo, por ejemplo, por vía de la antipsiquiatría y del arte de vanguardia y surrealista.

Para que estas parcelas de conocimiento existan, previamente se construyeron y usaron conceptos como locura, anormalidad, atipicidad y enfermedad mental. También, en el campo artístico, se establecieron criterios de orden material, estético, ético, económico e incluso político, para delimitar qué era o no arte. La antipsiquiatría se erige para explicar que en cualquier intención de cura subyace un ejercicio de poder desde el cual se controla y se priva al catalogado como enfermo mental de su forma única de ser y estar en el mundo. Si se trata de lo artístico, la réplica es, en esta ocasión, el surrealismo.

En este artículo se da valía a personas catalogadas como locas y artistas que rompen el cántaro de lo homogéneo. Se considera que están despiertas, que se alejan del camino oficial como manera de fortalecer las discordancias, lo diverso y la pluralidad. ¿Por qué se análoga la persona artista a la persona loca? Porque el arte y el artista han sido objeto de desprecio y se les ubica en puestos inferiores respecto de otras áreas de trabajo. Al ser esto así, se requiere revalidar lo que el arte demuestra: pese a los sesgos, sobrevive, será siempre una forma legítima de vivencia y comprensión del mundo, tal como lo hizo Valerie Solanas como “ser tentación”.

No interesa acá desdeñar ningún área del saber ni las múltiples formas de comprensión del mundo. Interesa, eso sí, recalcar que es necesario discutir los sesgos patriarcales, las estrategias de dominio, las formas de discriminación y de exclusión que viven quienes rompen el cántaro oficial. Por ello, debe erradicarse el uso de esquemas epistemológicos, éticos, económicos, políticos, sociales, culturales, médicos y estéticos tradicionales e invitarse a que el contrapeso, lo realmente importante, sea la tasación de las personas desde y por su humanidad, su pluralidad y su disimilitud.

Urge aceptar que toda persona podría estar loca y ser artista si los criterios para estas clasificaciones se ampliaran y si no fuesen patologizados. Se debe dar cabida a lo que ayude a entender que, usando la imagen de “una piedra en el zapato”, el problema no es necesariamente la piedra, sino el no saber de su existencia, de la herida que puede dejar

mientras se recorre el camino, particularmente, el camino oficial dominante. Para finalizar, valga entonces lo que señala Alexiévich (2016): habrá que tener miedo cuando, en la vida humana, el miedo ocupe el lugar del amor.

Referencias

- Alexiéovich, S. (2016). *Voces de Chernóbil*. Ciudad de México, México: Debate.
- Balbuena, F. (2011). R. D. Laing: un “rebelde” que desafió el orden psiquiátrico imperante. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 31(4), 679-691.
- Basaglia, F., Carrino, L., Castel, R., Espinosa, J., Pirella, A., & Casagrande, D. (1975). *Psiquiatría, antipsiquiatría y el orden manicomial*. Barcelona, España: Barral Editores.
- Bellomo, L. (2008). La esencia de la locura: Reflexiones en torno al uso del vocablo. *Revista de la Asociación Médica Argentina*, 121(4), 11-15.
- Breton, A. (2001). *Manifiestos del surrealismo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Argonauta.
- Breton, A., Trotsky, L., & Rivera, D. (1938). Manifiesto para el arte revolucionario. Recuperado de http://sgpwe.izt.uam.mx/files/users/uami/nivon/BRETON_manifiestopdf.pdf
- Camacho, L. (2002). *Introducción a la lógica*. Cartago, Costa Rica: Libro Universitario Regional.
- Cagigas, A. (2007). Una visión de la locura: El caso de Breton. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 27(99), 93-102.
- Cooper, D. (1979). *El lenguaje de la locura*. Barcelona, España: Ariel quincenal.
- Cora, L. (2019). La mujer no debería existir: Reflexiones acerca de la inconveniente idea de género en la creación artística. En M. Medellín (Coord.), *Arte y género problemáticas actuales desde una visión multidisciplinaria* (pp. 77-88). Baja California, México: Universidad Autónoma de Baja California.
- Copi, I. (2007). *Introducción a la lógica*. Ciudad de México, México: LIMUSA.
- Flores, F., & Díaz, J. (2000). Normalidad y anormalidad: Esquemas dicotómicos de la representación social en un grupo de profesionales de la salud mental. *Polis*, 1, 247-263.
- Gramajo, E. (1998). *La función social de la locura*. Buenos Aires, Argentina: Espacio.
- Ibarz, V., & Villegas, M. (2007). El método paranoico-crítico de Salvador Dalí. *Revista de historia de psicología*, 28(2-3), 107-112.

- Laing, R.D. (1975). *El yo dividido: Un estudio sobre la salud y la enfermedad*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Lozano, R. (2007). Una (posible) crítica de arte a-normal: Reflexiones sobre una práctica ni joven ni nueva. *Ars Longa*, 16, 129-134.
- Martí-Tusquets, J.L., & Murcia, M.J. (1988). *Enfermedad mental y entorno urbano: Metodología e investigación*. Barcelona, España: Anthropos Editorial del Hombre.
- Mora, V. (1977). *Cachaza*. San José, Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia.
- Mora, V. (1998). *La loca Prado*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Puigbó, J. (2004). Salvador Dalí (1904-1989). *Gaceta Médica de Caracas*, 112(1), 53-76.
- Real Academia Española. (1992). *Diccionario de la Lengua Española* (21 ed.). Madrid, España: Espasa Calpe.
- Ruiz, C. (1972). La denuncia de la Psiquiatría. *Annals de Medicina*, 58(6), 178-180.
- San Román, D. (2003). El Manifiesto de S.C.U.M.: Precedido de SCUM, Cell 16 y la Revolución Hiperfeminista. Recuperado de <https://app.box.com/s/hswwo8sgj6jlibxnr3>
- Solas, S. (2002). *El arte como un sueño perdurable: Consideraciones sobre el tiempo y el espacio en la pintura, según la concepción proustiana*. Trabajo presentado en IVº Jornadas de Investigación en Filosofía, La Plata, Argentina. Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.197/ev.197.pdf
- Stagnaro, J.C. (2015). Los aportes de Johann Christian Reil al nacimiento de la psiquiatría. *ASCLEPIO: Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 67(2), 1-17. DOI: 10.3989/asclepio.2015.26